

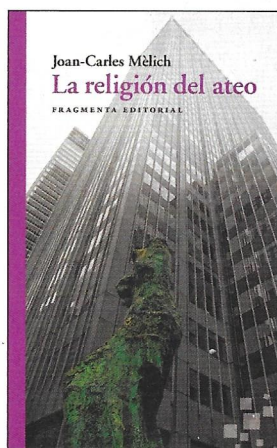
FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN

El libro defiende que la bondad concreta ha desplazado al Bien, la compasión a la Justicia y el sujeto histórico al Dios absoluto

Reivindicar lo prosaico

Siguiendo a **F. Nietzsche**, el autor sostiene que Dios ha muerto y que, gracias a ello, se ha deslegitimado la crueldad, se ha enterrado la “buena conciencia” y ha irrumpido un tiempo en el que es posible afrontar las preguntas fundamentales de la existencia de manera anti-absolutista y anti-metafísica o prosaica. La nuestra –apunta– es una época en la que lo determinante es la singularidad, tanto la de las personas como la de la vida. De ahí la importancia de “esos pequeños instantes de placer que abren las puertas al infinito” o de esas ocasiones en las que se responde “a la demanda del cuerpo de alguien que sufre” sin esperar nada a cambio. Y también de esos momentos en los que imperan la amistad, la fecundidad, el erotismo y el placer. Afortunadamente, la bondad en concreto –es la tesis del libro– ha desplazado al Bien en abstracto, la compasión personal a la Justicia con mayúsculas y el sujeto histórico al Dios etéreo y absoluto. Nos está tocando vivir un tiempo en el que triunfa lo singular y trivial frente a lo universal y a los grandes relatos que, por grandes, acaban siendo autoritarios y violentos. Entre ellos, los referidos a Dios. Hay que seguir reivindicando la historia, la ambigüedad, las perspectivas, las relaciones y las situaciones; en definitiva, lo “prosaico”. En esto consiste “la religión del ateo”.

La lectura de esta propuesta me suscita algunas consideraciones. Reseño, por motivos de espacio, solo dos. La primera, para indicar que, si se pretende emplear un concepto suficientemente contrastado y homologable de lo que es “religión”, no queda más remedio que contar con los estudios e investi-



LA RELIGIÓN DEL ATEO

Joan-Carles Mèlich

Fragmenta Editorial

Barcelona, 2019 · 80 pp.

gaciones al respecto de la fenomenología. Solo así se evitará dialogar con una concepción “a la carta” o con una deformación de lo que, propiamente, es la religión. Y, además, se evitará presentar “lo que me parece que es” (o le viene bien a mi sistema) como algo supuestamente incuestionable. Admitiendo que la sola razón puede ser autoritaria, también hay que reconocer que otro tanto cabe decir cuando se la olvida o no se atiende debidamente su singularidad. Por eso, entiendo que lo que es la “religión” (al menos, a partir de las históricas) nada tiene que ver con la posmoderna absolutización de lo prosaico (en la que tan a gusto se desenvuelve el autor) y sí mucho con la experiencia y percepción de lo Absoluto que se transparenta (y experimenta) en el cosmos, en la vida, en la historia y en la persona humana.

Segunda consideración: las cosmovisiones religiosas con las que **J.-C. Mèlich** dialoga son aquellas que, por estar preñadas de dualismo platónico, someten y machacan a las personas en su singularidad y concreción irrepetibles. Sin dejar de reconocer, de

nuevo, la denuncia del autoritarismo que ronda a toda verdad absoluta –algo ya socializado, antes de ahora, por **G. Vattimo**–, no es menos cierto que la crítica “atea” del autor, al ocuparse del imaginario del Dios platónico, solo es de recibo para quienes asumen dicha representación como la más racional; pero, de ninguna manera, para quienes entendemos que lo que decimos cuando decimos “Dios” es una manera de expresar el “misterio” o equilibrio, permanentemente inestable, de singularidad y alteridad o de legiformidad y evolución, que es perceptible en la realidad. Por cierto, un equilibrio ya reseñado en los concilios de Nicea y Constantinopla (“unidad sin confusión, distinción sin separación”) y Letrán IV (“siendo muy importante la unidad, lo es más la singularidad”).

Propuesta inconsistente

De ahí que esta propuesta de religión “atea” sea percibida como particularmente inconsistente para quienes, no partiendo de la filosofía platónica sino de las evidencias científico-empíricas en las que se transparenta lo que decimos cuando decimos “Dios”, entendemos que sea perceptible a partir de los universales concretos que son tales evidencias o pruebas científico-empíricas. Estas, sin dejar de ser singulares, dejan entrever el universal (el Absoluto, Dios o la Causa Eficiente e Incausada) percibido como conjunción de regularidad y novedad o de eternidad e historia. Y de ahí que la atención a la unidad (armonía de fortaleza y debilidad y no un absoluto unívoco) explica que **G. Vattimo** propusiera –a la luz de lo dicho, hecho y padecido por **Jesús de Nazaret**– el imaginario de un Dios débil. Nada que ver con la absolutización de la verdad; pero tampoco de lo singular, de lo relativo, de la perspectiva o de lo prosaico.

Hace tiempo que una buena parte de la teología y espiritualidad de más calado se desenvuelve por estos campos. Tengo la impresión de que no así la gran mayoría de los “ateísmos” en boga. Al menos, de los publicitados en nuestros lares.

JESÚS MARTÍNEZ GORDO